

# BESTIA SAPIOSEXUAL

Karin Milagros



Image not found.

## Capítulo 1

Nunca había reconocido tanta creatividad en mí. Salir con el león estimulaba inclusive fantasías sexuales, algo sin precedentes en la vida de alguien como yo, entregada siempre a la intensidad de las emociones del presente.

Las imágenes venían a mi mente de repente, siempre en medio de nuestras conversaciones. Ambos enloqueciendo desnudos encima de una mesa enorme en la arena de una playa desierta. En otra escena, él usando solo una máscara, me seducía en el palco de un gran teatro antiguo.

Estaba claro que el estímulo era oírlo. Cuando lo escuchaba disertando sobre algún tema, introduciéndose con tanta pasión en las profundidades de la razón y la locura al mismo tiempo, la humedad invadía el paréntesis entre mis piernas. Daba igual si me hablara de Sócrates, el Kybalion o seres oscuros que se alimentan de nuestras emociones. No importaba si usaba palabras requintadas que me hicieran quedar en desventaja lexical o si se expresaba de una forma tan vulgar que provocaba la envidia de esta alma reprimida. Yo siempre terminaba deseando entregarme a su innegable manipulación.

—Quisiera grabarte cuando hablas —dije sin poder fingir que estaba rendida a sus pies—. Usaría las grabaciones para estimularme cuando esté sola.

Sin decir nada, se recostó a mi lado y me abrazó. Me sentí anestesiada por su olor y aproveché la proximidad de su oído para confesarle en voz baja la más espeluznante fantasía que él provocaba.

—A veces imagino que eres un demonio que, mientras me posee, provoca una transformación física en mí. Es como si todas las sombras que acumula mi ser se materializaran para dar vida a una bestia que lanza los gemidos más siniestros.

—Ya lo haces —susurró con su voz grave.

— ¿Gemir de ese modo, dices? —pregunté sorprendida.

— Sí —respondió mirándome a los ojos e acariciando mi pelo con sublime cuidado—. Hoy he visto en las expresiones de tu rostro una belleza que no había visto antes. Puedo ver tu maldad. Ya te he dicho que eres guapa, ¡pero que bella te ves cuando te hago mía, carajo!

Yo sabía lo que estaba sucediendo. Ver la naturalidad con la que él exponía su lado oscuro, sin miedo, sin culpa, sin resentimiento, me

estimulaba a revelar y aceptar mi propia densidad. Con él podía ser yo misma, dejar salir la bestia adormecida en mí. Y a través de su admiración por mi monstruo iracundo, yo me sentía más capaz de amar mi dualidad.

—Tú eres más mala que yo —aseguró.

—Sí, ahora lo sé — respondí al recordar la indescriptible satisfacción que sentí al ver su sufrimiento mientras era torturado por la más extrema excitación.

—Quiero más —dije en tono de súplica.

Y nuevamente adentramos en el imperio de los sentidos.